

Trilogía Cyberpunk #3

# EL BESO DEL EXILIO



GEORGE ALEC EFFINGER

En un futuro no demasiado lejano, en el que la Unión Soviética ha sufrido un proceso irreversible de balcanización y Occidente ha perdido el protagonismo que detenta en la actualidad, los Países Árabes controlan en gran medida el destino de las naciones, y su cultura y tradiciones florecen incorporando los últimos avances de la tecnología y la informática.

En este marco se desarrollan las peripecias de Marîd Audran, un hijo del Budayén, el barrio maldito donde prosperan la corrupción y la violencia. Tal como se narraba en «Cuando falla la gravedad y Un fuego en el Sol», Marîd se ha visto despojado de su independencia y ahora está obligado a actuar como mano derecha de Friedlander Bey.

Marîd empieza a conocer los métodos utilizados por Bey para ejercer su poder mientras se encuentra convertido en un instrumento más de éste, vislumbrando el escalofriante alcance del mafioso en el mundo. Sin embargo, abandonado junto a Bey en lo más profundo del desierto, sabe que en esa ocasión la supervivencia de ambos depende tan sólo de la capacidad de su organismo para soportar una deshidratación cuyos efectos bloquea artificialmente.

La vida en compañía de una tribu de nómadas del desierto le fuerza a contrastar el dilema moral que le tortura con las simples y férreas normas que rigen las vidas de éstos. El libro santo, el Corán, establece la obligación de tomar venganza ante cualquier ofensa, y en el desierto esta norma se acata con vehemencia.

Un cóctel explosivo de temas como nunca antes se habían reunido en un libro del género.

Aunque oro y plata llueva en tierra extraña, y daga y lanzas en tu hogar, no hay nada como el hogar.

Proverbio malayo

¡Largo como mi exilio, dulce como mi venganza!

William Shakespeare, Coriolano, acto quinto, escena tercera

## 1

Nunca pensé que pudieran raptarme. No existían motivos para ello. En realidad, el día había empezado de un modo bastante inocente. Me despabilé por completo poco antes del alba, gracias a un potenciador experimental que llevaba en mi implante cerebral anterior. Esa conexión es la que me confiere poderes y habilidades superiores a las de cualquier mortal. Según tengo entendido soy el único en los alrededores que posee dos implantes.

Uno de estos *daddies* especiales me proyecta a la conciencia total a la hora elegida. He aprendido a utilizarlo junto con otro *daddy* que me reanima el cuerpo, vaciando mi sistema de alcohol y drogas a una velocidad superior a la normal. De ese modo no me levanto medio borracho e inservible. En el pasado otros han sufrido por culpa de mis resacas y juré que eso no volvería a suceder jamás.

Me di una ducha, me cepillé la barba pelirroja y me vestí una costosa *gallebeya* color arena, con el gorro blanco de punto de mi Argelia natal. Estaba hambriento. Mi esclavo, Kmuzu, es quien normalmente me prepara las comidas, pero ese día tenía una cita para desayunar con Friedlander Bey. Eso sería después de la llamada matinal a la oración, así que disponía de treinta minutos libres. Atravesé la gran casa de Friedlander Bey, desde el ala oeste hasta el ala este, y llamé a la puerta de las habitaciones de mi esposa.

Indihar respondió en un camisón de satén blanco que yo le había regalado, con el cabello castaño recogido en la nuca. Indihar entornó sus grandes ojos oscuros.

—Te deseo buenos días, esposo —dijo ella.

No es que saltase de alegría al verme.

Su hijo pequeño, Hâkim, de cuatro años, estaba colgado a sus faldas y lloraba. Podía oír a Jirji y a Zahra armando jaleo en la otra habitación. Ni rastro de Senalda, la doncella valenciana que yo había contratado. Acepté la responsabilidad de mantener a la familia porque me sentía en parte responsable de la muerte del esposo de Indihar. Papa — Friedlander Bey— decidió que, para cumplir ese propósito sin levantar habladurías, debía también casarme con Indihar y adoptar a los tres niños. No recuerdo ningún otro caso en el que a Papa le preocupasen las habladurías.

No obstante, pese a la indignación de Indihar y mi negativa absoluta, ahora los dos somos marido y mujer. Papa siempre se sale con la suya. Hace algún tiempo, Friedlander Bey me agarró por el pescuezo, me dio un buen rapolvo y convirtió al buscavidas de segunda que yo era en un poderoso pez gordo del submundo de la ciudad.

De modo que ahora Hâkim era legalmente... mi hijo, por muy fastidiosa que me resultara la idea. Nunca antes había convivido con niños y no sabía como comportarme. Creedme, ellos os lo dirán. Lo levanté en volandas y sonreí ante su rostro manchado de mermelada.

—Bueno, ¿por qué lloras, oh inteligentísimo? —le dije.

Hâkim se detuvo un momento para tomar aliento y luego siguió berreando aún más fuerte.

Indihar refunfuñó con impaciencia.

—Por favor, esposo, no intentes hacer de hermano mayor. Ya tiene uno: Jirji.

Me quitó a Hâkim de los brazos y lo dejó en el suelo.

—No intento hacer de hermano mayor.

—Pues tampoco intentes hacer de colega. No necesita un colega, necesita un padre.

—Está bien. Dime lo que debe hacer un padre y lo haré.

Llevaba semanas intentando comportarme lo mejor que sabía y Indihar no hacía más que deprimirme. Empezaba a cansarme.

Se rió sin ganas y echó a Hâkim hacia el fondo de la habitación.

—¿Es éste el verdadero motivo de tu visita, esposo? — me preguntó.

—Indihar, si abandonarás un poco tu resentimiento, tal vez pudiéramos sacar alguna ventaja de esta situación. ¿Qué daño puede hacerte estar aquí?

—¿Por qué no le preguntas a Kmuzu cómo se siente? — dijo ella, que aún no me había invitado a entrar.

Ya había permanecido bastante en el recibidor y la aparté a un lado para entrar en el salón. Me senté en un sofá. Indihar me contempló unos segundos, luego suspiró y se sentó en una silla frente a mí.

—Ya te lo he explicado antes. —Respondí—. Papa me ha hecho algunos regalos. Regalos que yo no deseaba, como los implantes, el bar de Chiriga o Kmuzu.

—Y a mí —dijo ella.

—Sí, y a ti. Papa intenta distanciarme de todos mis amigos. No desea que conserve ninguna de mis viejas amistades.

—Simplemente podías haberte negado, esposo. ¿Lo has pensado alguna vez?

¡Como me habría gustado que fuera tan sencillo!

—Cuando me llenaron de cables el cerebro, Friedlander Bey pagó a los doctores para que introdujeran un circuito en el centro de dolor de mi cerebro.

—¿Centro de dolor? ¿No sería en el centro de placer?

Sonreí lastimosamente.

—Si me hubieran circuitado el centro de placer, probablemente ahora ya estaría muerto. Eso es lo que les ocurre a quienes se lo hacen. No habría durado mucho.

Indihar frunció el ceño.

—Bien, entonces, no comprendo. ¿Por qué el centro de dolor? Porque permitiste...

Levanté la mano para cortarla.

—¡Hey, yo no lo permití! Papa lo hizo sin mi consentimiento. Tiene montones de aparatos electrónicos que pueden estimular por control remoto mis centros de dolor. Así es como me mantiene a raya.

Saber que en realidad era el abuelo de mi madre no me predispuso más favorablemente hacia él. No, en la medida en que se negó a tratar el asunto de mi libertad.

La vi temblar.

—No tenía ni idea, esposo.

—No se lo he dicho a nadie. Pero Papa siempre acecha por encima de mi hombro, presto a pulsar el botón del tormento si hago algo que no le gusta.

—Así que tú también eres un prisionero —dijo Indihar—. Eres su esclavo, igual que todos los demás.

No creí necesario responderle. La situación era algo distinta en mi caso, porque llevaba sangre de Friedlander Bey y me sentía obligado a intentar quererlo. En verdad aún no lo había logrado. Ese sentimiento me lo hacía pasar mal y Papa no me lo ponía fácil.

Indihar me tendió la mano y yo la cogí. Era la primera vez, desde que estábamos casados, que ella se ablandaba ante algo. Vi que aún tenía la palma de la mano y los dedos teñidos de un pigmento ocre, de la henna que sus amigas le habían aplicado la mañana de nuestra boda. Había sido una ceremonia muy peculiar porque Papa declaró que no habría sido correcto que me desposara más que con una doncella. Indihar era, claro está, una viuda con tres hijos, de modo que él la declaró virgen honoraria. Nadie se rió.

La boda fue una mezcla de costumbres propias de la ciudad y del pueblo natal egipcio de Indihar. Pretendía ser la unión de una joven virgen y un muchacho magrebí de futuro prometedor. Friedlander Bey dijo que no era necesario invitar a la familia de Indihar a la ceremonia, sus amigos del Budayén la reemplazarían.

—Omitiremos la certificación ritual —había dicho Indihar.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Temía que, en el último minuto, me obligasen a pasar una especie de examen escrito que debía haber estudiado desde la pubertad.

—En algunas regiones musulmanas —explicó Friedlander Bey—, la noche de bodas, la novia es llevada a un dormitorio, lejos del resto de invitados. Las mujeres de ambas familias la tumban sobre la cama. El marido envuelve un paño blanco entorno a su dedo y se lo inserta, para demostrar la virginidad de la muchacha. Si el paño se tiñe de sangre, el marido se lo ofrece al padre de la novia, que desfila con la tela anudada a un palo, para que todos la vean.

—¡Pero estamos en el siglo XVII de la Hégira! —dije atónito.

Indihar se encogió de hombros.

—Es un momento de gran orgullo para los padres de la novia. Demuestra que han educado a una hija casta y digna. Cuando me casé por primera vez, temí la ignominia hasta que oí los gritos de júbilo de los invitados. Entonces supe que mi matrimonio había sido bendecido y que me había convertido en una mujer a los ojos del pueblo.

—Como tú dices, hija mía —prosiguió Friedlander Bey—, en este caso no se requerirá semejante certificación.

Papa era razonable, cuando no tenía nada que perder.

Le compré a Indihar una elegante alianza de oro y también una segunda joya. Chiri, mi no tan pacífica compañera, me ayudó a escoger el regalo en una de las caras *boutiques* del este del Boulevard il-Jameel, donde compran los europeos. Era un broche, un lagarto de oro con incrustaciones de esmeraldas y dos rubíes por ojos. Me costó doce mil *kiams* y es el artículo más caro que he comprado en toda mi vida. Se lo di a Indihar la mañana de la boda. Abrió la caja satinada, miró unos segundos el lagarto de esmeraldas y dijo:

—Gracias, Maríd.



Nunca más ha vuelto a mentarlo ni tampoco se lo he visto puesto.

Indihar jamás había sido rica, ni siquiera antes de que asesinaran a su marido. Aportó a nuestro matrimonio sólo una modesta colección de enseres domésticos y sus escasas pertenencias personales. Su contribución no era materialmente importante, porque yo me había enriquecido gracias a mi colaboración con Papa. De hecho, la cantidad estipulada como el precio de la novia en nuestro contrato matrimonial era más de lo que Indihar había visto en toda su vida. Dos tercios de esa cantidad se le dio en metálico. El tercio final se le daría en caso de divorcio.

Yo no hice más que vestirme mi mejor túnica y mi mejor *gallebeya* blanca, pero Indihar tuvo que soportar mucho más. Chiri, su mejor amiga, le ayudó a prepararse para la ceremonia. A primera hora del día, le depilaron el vello de los brazos y las piernas, cubriéndolos con una mezcla de azúcar y jugo de limón. Cuando la pasta se endureció, Chiri la arrancó. Nunca olvidaré lo dulce y fresca que olía Indihar esa noche. A veces, aún me excita la fragancia de los limones.

Cuando Indihar acabó de vestirse y aplicarse una púdica cantidad de maquillaje, ella y yo posamos para el *holo* oficial de nuestra boda. Ninguno de los dos parecía especialmente feliz. Ambos sabíamos que era un matrimonio puramente nominal y que duraría sólo lo que viviera Friedlander Bey. El *hológrafo* se pasó el rato haciendo chistes vulgares sobre las noches de boda y las lunas de miel, pero Indihar y yo nos limitábamos a mirar el reloj, contando las horas que faltaban para la conclusión de la prueba.

La ceremonia tuvo lugar en el gran salón de Papa. Acudieron cientos de invitados, algunos eran amigos, otros eran siniestros, hombres silenciosos que observaban desde los extremos de la multitud. Mi padrino fue Saied Medio Hajj, que, en honor a la ocasión, no se puso ningún *moddy*, algo notable en la medida de lo que vale. La mayoría de

los otros propietarios del Budayén estaban allí, también las chicas, los transexuales y los travestís que conocíamos, y también ciertos personajes del Budayén como Laila, Fuad y Bill el taxista. Habría sido una ocasión realmente feliz, si Indihar y yo realmente nos hubiéramos amado y deseado carnalmente.

Nos sentamos frente a un juez de turbante azul que perpetró la ceremonia musulmana del matrimonio. Indihar estaba encantadora en un hermoso vestido blanco de satén y un velo también blanco, con un ramito de fragantes flores. Primero el juez imploró las bendiciones de Alá y leyó la primera azora del noble Corán. Luego preguntó a Indihar si consentía en desposarse. Hubo una breve pausa, en la que me pareció ver la pena reflejada en sus ojos.

—Sí —dijo con voz muy queda.

Nos dimos la mano derecha y el juez las cubrió con un pañuelo blanco. Indihar repitió las palabras del juez, declarando que se casaba conmigo por propia voluntad, por el precio de la novia de setenta y cinco mil *kiams*.

—Repíte conmigo, Maríd Audran —dijo el juez—. Acepto tu compromiso conmigo, te tomo a mi cargo y te ofrezco mi protección. Que los presentes sean testigos.

Tuve que repetirlo tres veces para que tuviera valor.

El juez concluyó leyendo algo más del sagrado Corán. Nos bendijo a nosotros y a nuestro matrimonio. Hubo un instante de paz en el salón y luego de las gargantas de las mujeres nació un grito, el vibrante sonido del zagareet.

Poco después se celebró una fiesta, yo bebí y simulé estar contento. Había comida abundante y los invitados nos ofrecieron presentes y dinero. Indihar se retiró pronto con la excusa de que tenía que meter a los niños en la cama, aunque Senalda estaba precisamente para eso. Abandoné la celebración no mucho más tarde. Regresé a mis aposentos, me tragué siete u ocho tabletas de soneína y me tumbé en la cama con los ojos abiertos.

Estaba casado. Ahora era todo un marido. Mientras los opiáceos empezaban a hacerme efecto, pensé en lo guapa que estaba Indihar. Deseé haberla besado, al menos.

Aquéllos eran mis recuerdos de nuestra boda. Ahora, sentado en su salón, me preguntaba cuáles eran mis verdaderas responsabilidades.

—Me has tratado bien, a mí y a mis hijos —dijo Indihar—. Has sido generoso y debería estar agradecida. Disculpa mi comportamiento, esposo.

—No debes lamentarte de nada, Indihar —le dije. Me levanté. La mención de los niños me recordó que podían irrumpir en el saloncito, chillando y haciendo bobadas, en cualquier momento. Quise salir de allí lo antes posible—. Si necesitas algo, sólo tienes que pedirselo a Kmuzu o a Tariq.

—Tenemos de todo.

Me miró fijamente a los ojos y luego apartó la vista. No podría decir cuáles eran sus sentimientos.

Empezaba a sentirme incómodo.

—Entonces, me voy. Te deseo que pases una buena mañana.

—Que tengas un día agradable, esposo.

Me dirigí a la puerta y me volví para mirarla otra vez antes de irme. Parecía tan triste y sola.

—Que Alá te dé la paz —murmuré, cerrando la puerta tras de mí.

Tenía tiempo de sobra para volver al comedor pequeño, cercano al despacho de Friedlander Bey, donde desayunábamos cuando él deseaba tratar asuntos de negocios conmigo. Cuando entré, él ya ocupaba su asiento. Los dos gigantes taciturnos, Habib y Labib, le flanqueaban las espaldas. Seguían mirándome con ojos suspicaces, como si después de todo ese tiempo aún fuera capaz de sacar un cuchillo y rebanarle el cuello a Papa.

—Buenos días, hijo mío —dijo Friedlander Bey ceremonioso—. ¿Qué tal de salud?

—Doy gracias a Dios cada hora. —Respondí.

Me senté al otro lado de la mesa y empecé a servirme los platos del desayuno.

Papa vestía una camisa azul celeste de manga larga, unos pantalones de lana marrones y un tarboosh de fieltro rojo en la cabeza. No se había afeitado en dos o tres días y su rostro estaba cubierto de barba cana. Había estado hospitalizado recientemente y había perdido mucho peso. Tenía las mejillas hundidas y le temblaban las manos. Sin embargo, ello no había afectado a su agilidad mental.

—¿Has pensado en alguien para que te ayude en el proyecto de la base de datos? —me preguntó, poniendo fin a los cumplidos y yendo directo al grano.

—Creo que sí, oh *caíd*. Mi amigo, Jacques Dévaux.

—¿El muchacho marroquí? ¿El cristiano?

—Sí, aunque no estoy seguro de poder confiar totalmente en él.

Papa asintió.

—Es bueno que pienses en eso. No es prudente confiar en ningún hombre hasta haberlo puesto a prueba. Hablaremos de ello cuando haya oído los cálculos de las compañías de terminales de información.

—Sí, oh *caíd*.

Le observé detenidamente pelar una manzana con un cuchillo de plata.

—¿Te han dicho lo de la reunión de esta noche, hijo mío?

Nos habían invitado a una recepción en el palacio del *caíd* Mahali, el emir de la ciudad.

—Me asombra saber que he llamado la atención del príncipe.

Papa me ofreció una breve sonrisa.

—Tu reciente matrimonio te ha proporcionado algo más que alegría. El emir ha dicho que no puede permitir que exista un conflicto entre el *caíd* Reda Abu Adil y yo.

—Ah, ya entiendo. Y la fiesta de esta noche es el intento del emir de reconciliaros.

—El vano esfuerzo por reconciliarnos —Friedlander Bey frunció el ceño ante la manzana, luego le clavó el cuchillo con saña y la apartó—. No habrá paz entre el *caíd* Reda y yo. Es sencillamente imposible. Pero entiendo que el emir está en una posición difícil: cuando dos reyes luchan, son los campesinos los que mueren.

Sonreí.

—¿Insinúas que el *caíd* Reda y tú sois los reyes en este litigio y el príncipe de la ciudad es el campesino?

—En realidad su poder no puede compararse al nuestro. Su influencia se extiende por toda la ciudad, pero nosotros controlamos naciones enteras.

Me recosté en la silla y le observé.

—¿Esperas otro ataque esta noche?

Friedlander Bey se frotó el labio superior pensativo.

—No —dijo despacio—, esta noche no, mientras estamos bajo la protección del príncipe. El *caíd* Reda no es tan estúpido. Pero será pronto, hijo mío, muy pronto.

—Estaré alerta —dije, levantándome para dejar al viejo.

Lo último que deseaba oír es que nos arrastraban a otra maquinación.

En el transcurso de la tarde recibí a una delegación de Capadocia que deseaba la ayuda de Friedlander Bey para declarar la independencia de Anatolia y establecer una república popular. La mayoría de la gente piensa que Papa y Abu Adil hicieron sus fortunas con el vicio callejero, pero eso no es del todo cierto. En realidad son responsables de casi todas las actividades ilegales de la ciudad, pero éstas subsisten básicamente para dar empleo a sus innumerables parientes, amigos y socios.

La verdadera fuente de riqueza de Papa reside en seguirle la pista a la siempre cambiante alineación nacional de nuestra parte del mundo. En una época en la que la media de vida de un nuevo país es menor que una sola generación de sus ciudadanos, alguien debe preservar el orden en medio del caos político. Ése es el valioso servicio que

brindan Friedlander Bey y el *caíd* Reda. De un régimen al siguiente, ellos recuerdan dónde estaban las fronteras, quiénes pagaban los impuestos, y dónde estaban enterrados los cadáveres, literal y figurativamente. Cuando un gobierno da paso a su sucesor, Papa o el *caíd* Reda intervienen para apaciguar la transición y llevarse una buena tajada.

Todo eso me parecía fascinante y me alegraba que Papa me hubiera puesto a trabajar en esa sección, en lugar de supervisar sus lucrativas, pero fundamentalmente aburridas, empresas criminales. Mi bisabuelo me instruía con ilimitada paciencia y daba órdenes a Tariq y Youssef para prestarme la ayuda que necesitara. Cuando entré por primera vez en casa de Friedlander Bey, pensé que eran sólo el ayuda de cámara y el mayordomo de Papa, pero ahora me he dado cuenta de que saben más de los acontecimientos de alto nivel que suceden por todo lo ancho y largo del mundo islámico que ninguna otra persona, excepto el propio Friedlander Bey.

Cuando por fin los capadocios se despidieron, observé que disponía de poco más de una hora antes de que Papa y yo acudiéramos al palacio del emir. Kmuzu me ayudó a seleccionar un vestuario adecuado. Hacía mucho que no me ponía mis viejos tejanos, mis botas y una camisa informal; me estaba acostumbrando a llevar el atuendo árabe convencional. Algunos hombres de la ciudad aún llevaban el típico traje de terno euroamericano, pero yo nunca me he sentido cómodo con él. En casa de Papa, solía vestir *gallebeya* porque sabía que él la prefería. Además, era más fácil esconder mi pistola estática bajo una túnica holgada, y una *keffiya*, el tocado árabe, ocultaba mis implantes, que ofendían a ciertos musulmanes conservadores.

Así que, cuando terminé de vestirme, lucía una impecable *gallebeya* blanca, propia de un novio, bajo una túnica azul real, con ribetes de oro. Calzaba unas cómodas sandalias, una daga ceremonial colgaba de mi cinto y me cubría

la cabeza una sencilla *keffiya* blanca anudada por una cuerda *akal* negra.

—Estás muy guapo, *yaa Sidi* —dijo Kmuzu.

—Eso espero. Nunca antes he conocido a un príncipe.

—Has demostrado tu valía y tu reputación ya ha llegado a oídos del emir. No debes sentirte intimidado por él.

Para Kmuzu era fácil decirlo. Eché un último vistazo a mi reflejo y lo que vi no me impresionó demasiado.

—Maîd Audran, el defensor de los oprimidos —dije con escepticismo—. Sí, tienes razón.

Luego bajé la escalera para reunirme con Friedlander Bey.

Tariq conducía la limusina de Papa y llegamos puntuales al palacio del emir. Nos presentamos en el gran salón y me invitaron a reclinar me sobre algunos almohadones en el lugar de honor, a la diestra del *caîd* Mahali. Friedlander Bey y los otros invitados se pusieron cómodos y me presentaron a muchos hombres ricos e influyentes de la ciudad.

—Por favor, sírvete tú mismo —dijo el emir.

Un criado presentaba una bandeja llena de pequeñas tazas de café espeso, aderezado con cardamomo y canela, y altos vasos de jugos de frutas helados. No se servían bebidas alcohólicas porque el *caîd* Mahali era un hombre muy religioso.

—¡Que tu mesa sea eterna! —dije—. Tu hospitalidad es famosa en toda la ciudad, oh *caîd*.

—¡Alegría y júbilo! —respondió, complacido por mis lisonjas.

Conversamos durante media hora antes de que los criados entraran con las bandejas de verduras y carnes asadas. El emir había preparado comida para servir a una concurrencia cinco veces mayor que la nuestra. Utilizaba un elegante cuchillo engarzado en joyas para ofrecermé los bocados más exquisitos. Toda mi vida he desconfiado de los ricos y los poderosos, pero, a pesar de ello, el príncipe me caía bastante bien.